

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Manuel Gutiérrez Nájera

Poesía selecta

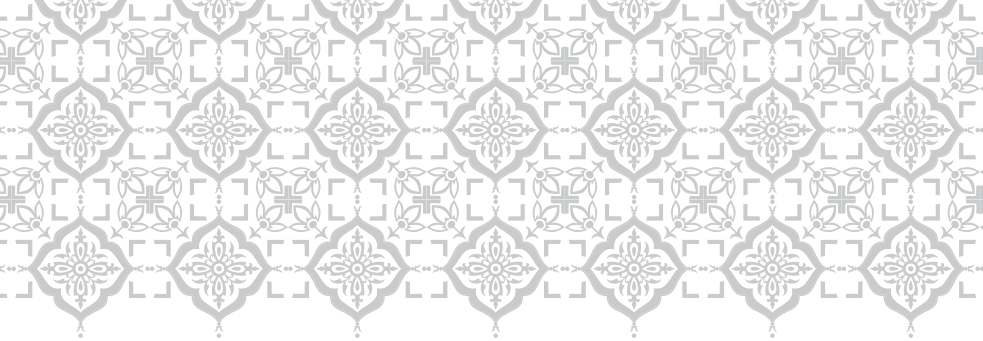


Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Manuel
Gutiérrez
Nájera

Poesía selecta

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA



Manuel Gutiérrez Nájera

Poesía selecta



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2017

Director de la colección
Hugo Gutiérrez Vega

Coordinadores de la colección
Marco Antonio Campos
Jorge Souza Jauffred
Lucinda de Gutiérrez Vega

Autor
Manuel Gutiérrez Nájera

Selección y prólogo
Luz América Viveros Anaya

D.R. © 2017, Universidad de Guadalajara



EDITORIAL
AL UN
IVERSITARIA

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Marzo 2017

ISBN 978 607 742 738 4



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Estimado universitario:

Los resultados poco satisfactorios que se han obtenido en las pruebas PISA y ENLACE ponen de manifiesto que los estudiantes de nivel medio y superior en todo el país tienen dificultades con la comprensión lectora. La Universidad de Guadalajara, no ajena a esta realidad, decidió crear desde 2010 el Programa Universitario de Fomento a la Lectura “Letras para volar”.

Este programa promueve el gusto por la lectura a la par que se propone el desarrollo de la competencia lectora en estudiantes de diversos niveles educativos. Esta labor se realiza desde la función sustantiva de extensión en la que prestadores de servicio social de nuestra casa de estudios acuden semanalmente a escuelas primarias y secundarias para fomentar el gusto por la lectura, gracias a lo cual un total de 123,598 niños y jóvenes se han visto beneficiados con el programa desde su creación.

Desde las funciones de investigación y docencia, la Universidad de Guadalajara trabaja en favor de los jóvenes de nivel medio y superior para consolidar la competencia lectora y poner al alcance de los estudiantes la lectura, por tanto, hemos invitado a tres universitarios distinguidos a integrarse a este proyecto y seleccionar títulos para las tres colecciones que llevan su nombre:

- Colección Caminante Fernando del Paso
- Colección Hugo Gutiérrez Vega
- Colección Fernando Carlos Vevia Romero

Desarrollar la competencia lectora está no sólo en la base de la educación, sino en el apoyo mismo de lo que somos como sociedad. Leer en la universidad no se debe limitar a los textos escolares; por ello, ponemos a disposición de nuestros jóvenes tirajes masivos para que desarrollen el entusiasmo por la lectura y la incorporen a su vida cotidiana.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

13	Prólogo
18	Nota
19	La duquesa Job
24	Deseo
25	Del libro azul
27	Crepúsculo
30	De Margarita
31	Después del teatro
34	De blanco
37	Prólogo
41	¡Si tú murieras!...
45	Valleto y compañía

- 49 ¿Por qué, si no me quieres?**
- 51 En un abanico**
- 52 Resucitarán**
- 54 Frente a frente**
- 58 A Lydia**
- 59 Después del vals**
- 61 Para un menú**
- 62 En un cromo**
- 63 Mimi**
- 65 *Resurrexit!***
- 66 En su huerto**
- 68 Efímeras**
- 71 En un abanico (II)**
- 72 Hojas secas**

74	Para entonces
75	Pobre y enferma
80	<i>Ultima neocat</i>
81	Ondas muertas
84	Mis enlutadas
88	La duda
92	El hada verde (Canción del bohemio)
94	Los moscos
96	A un triste
98	<i>Pax animae</i>
103	Para un álbum
104	<i>Non omnis moriar</i>
106	<i>Tristissima nox</i>

Prólogo

LUZ AMÉRICA VIVEROS ANAYA

Hace más de cien años, un poeta viajó a Jalisco el día en que se inauguró el ferrocarril que conectaba la Ciudad de México con Guanajuato y Guadalajara. Al visitar algunos de los edificios, caminar por las calles y observar a las mujeres, exclamó: ¡Así, como lo había soñado, así es Guadalajara! Ese poeta era Manuel Gutiérrez Nájera, quien para entonces era un periodista famoso.

Conocido con el seudónimo de El Duque Job, nuestro poeta se reunió con los redactores de *La República Literaria*, revista tapatía a la que llamó “canastillo de aromosas flores”. Visitó a José López Portillo y Rojas, a Antonio Zaragoza, a Alberto Santoscoy, y tuvo amistad muy cercana con Manuel Puga y Acal, a quien dedicó uno de sus poemas más famosos (“La Duquesa Job”), que es un canto de amor inspirado por la *griseta* (costurera o modista) de la que estuvo perdidamente enamorado a los veinte años, pero con la que no pudo casarse.

El Duque Job era un dandy: bastón en mano, sombrero de copa y gardenia en el ojal, caminaba por las calles de la ciudad, y ejercitaba la vista y la imaginación. Con lo que observaba, escribía artículos sobre las costumbres de la gente, las tiendas y sus aparadores, los espectáculos de moda, las obras de teatro que se estrenaban, los artistas, las sopranos y bailarinas

que encontraba en los cafés y sobre las charlas escuchadas en el bar.

A sus 17 años había publicado uno de los artículos más reveladores del naciente modernismo: “El arte y el materialismo”, donde defendía que el arte, más que imitar la realidad y copiar fielmente la naturaleza, necesitaba sugerir, con colores y sensaciones, una realidad más bella, profunda y libre. Alguna vez dijo: “Esto será menos real, pero es más bello”. Esa fue siempre la bandera de su fe estética.

Manuel Gutiérrez Nájera aprendió a leer en las páginas de los periódicos, sentado en las piernas de su madre. Fue asiduo asistente al teatro y a la ópera. Su pasión era dar cuenta de la vida en la ciudad. En la prensa diaria y en las revistas literarias publicó desde muy joven la mayor parte de su obra: crónicas, poesías, narraciones, crítica literaria y meditaciones sobre temas de actualidad y de política. Su mundo fueron las redacciones de periódicos, los clubes sociales, los bares y cafetines, y ya hacia el final de su corta vida, la cámara de diputados, en la que nunca abrió la boca, pero de donde sacó tema para muchos artículos de crítica política y de asuntos públicos.

La crónica fue el género en el que dio vida literaria a los espacios públicos; su poesía, en cambio, tuvo como principales escenarios los interiores domésticos como la alcoba y la sala, donde proyectó su intimidad. Mientras fue soltero, escribió la mayor parte de poemas

de amor, desamor, desengaño, despecho y muerte del amor, como “La Duquesa Job”, “Deseo”, “En un abanico”, “Crepúsculo”, “A Lydia” y “Mimi”; en ellos hay a veces un tono juguetón o bien, una búsqueda de ritmo y voz propia. Posteriormente a su boda y cercano a sus treinta años escribió una poesía más honda y melancólica: “*Non omnis moriar*”, “Mis enlutadas”, “*Pax animae*” y “*Tristissima Nox*”, piezas que necesitan leerse como resultado de su madurez como escritor y como hombre. Murió joven, recién cumplidos los 35 años.

“La Duquesa Job”, poema con el que se abre esta antología, es un puente entre el mundo público y el privado. Una mujer que sabe caminar sola por las calles más concurridas de la ciudad, mientras “resuena su taconeo en las baldosas” y “lucen su talle de tentación”, pero que también se sabe defender, pues si un insolente alarga el brazo “nadie le salva del sombrillazo / que le descarga sobre la sien”; mujer a la que luego describe no sólo en el interior de su casa sino “bajo la colcha color de rosa”, o en la bañera, “mientras sus brazos y su garganta / de fresca espuma cubren el jabón”.

El juego de rimas con palabras extranjeras incorporadas en sus versos como un reto frente a la moda exageradamente nacionalista, fue mal visto al principio y hasta se le acusó de afrancesado, pero fue una característica muy apreciada por los más jóvenes. Su actitud abierta ante la literatura extranjera habría de traer mucha sangre nueva a las arterias de nuestras letras.

Después de este poema, hay otros de amor y desamor, de desengaño y muerte del amor. El deseo y la sensualidad aparecen en “Crepúsculo”. El poeta dice a su amada: “Ven a mi lado, suelta los remos; / ven, un momento reposa aquí”, y luego se aproxima: “Si tienes miedo, secreto nido / entre mis brazos te formaré”. Pero en otros poemas hay reclamos ante la burla o el engaño, como cuando pregunta: “¿A cuántos engañaron tus promesas, / oh, Circe habilidosa?” o cuando, convencido, afirma: “Que, si te vuelvo a querer / te he de volver a olvidar”.

Otros poemas son más bien juguetones como “Para un menú” o “El hada verde”, pero merece mención aparte “Los moscos”, porque nació como una broma para sus críticos. Cansado de las críticas injustas a todo poema que publicara, aparecieron como novedad en el periódico *El Partido Liberal*, los últimos versos de Víctor Hugo, “Los moscos”, aparentemente traducidos por el diario. Cayeron en la ratonera los críticos e hicieron el elogio exagerado de la composición. Hasta otro día apareció el Duque Job a explicar que había ideado esa “humorada” para mostrar cuán vergonzosos eran esos mismos críticos que hubieran destrozado el poema si lo hubiera firmado con su nombre, pues en realidad era de su autoría.

Los poemas de tono melancólico y filosófico son, tal vez, los que requieren mayor atención por la fuerza expresiva y por la fe que deposita en la “Santa Poesía”

que, supuso, lo haría inmortal. El poema final, “*Tristissima nox*” es un recorrido por la noche, el silencio, la oscuridad y el sueño, donde hay “bocas sin cuerpo” que “gritan en la sombra” cuando “los diablos llaman” y “el pavor nos nombra”. Noche espeluznante que roba la paz, la confianza y el brío, y en la que asoma la esperanza de que llegue “la rubia aurora”: “¡Oh luz!, ¡oh claridad!, ¡oh sol!, ¡oh vida!”.

Nota

Los textos recogidos en esta antología fueron tomados de *Obras de Manuel Gutiérrez Nájera. Poesía* (México, 1896) y de Manuel Gutiérrez Nájera, *Poesías. Tomo II* (París/México, 1897). Específicamente dos poemas fueron tomados directamente de la fuente periodística: “La Duquesa Job” (*El Siglo Diez y Nueve*, 8 de agosto de 1891, p. 1) y “Los moscos” (*El Partido Liberal*, 15 de octubre de 1885, p. 2).

Colaboraron en el cotejo y edición de textos los alumnos de la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, Lizbeth González Tapia y Braulio Aguilar Velázquez.

La duquesa Job

A Manuel Puga y Acal

En dulce charla de sobremesa,
mientras devoro fresa tras fresa
y abajo ronca tu perro Bob,
te haré el retrato de la duquesa
que adora a veces el duque Job.

No es la condesa que Villasana
caricatura, ni la poblana
de enagua roja que Prieto amó;
no es la criadita de pies nudosos,
ni la que sueña con los gomosos
y con los gallos de Micoló.

Mi duquesita, la que me adora,
no tiene humos de gran señora:
es la griseta de Paul de Kock.
No baila *Boston*, y desconoce
de las carreras el alto goce,
y los placeres del *five o'clock*.

Pero ni el sueño de algún poeta,
ni los querubes que vio Jacob,
fueron tan bellos cual la coqueta

de ojitos verdes, rubia griseta
que adora a veces el duque Job.
Si pisa alfombras, no es en su casa;
si por Plateros alegre pasa
y la saluda Madame Marnat,
no es, sin disputa, porque la vista,
sí porque a casa de otra modista
desde temprano rápida va.

No tiene alhajas mi duquesita,
pero es tan guapa, y es tan bonita,
y tiene un cuerpo tan *v'lan* tan *pschutt*,
de tal manera trasciende a Francia
que no la igualan en elegancia
ni las clientes de Heléne Kossut.

Desde las puertas de la Sorpresa
hasta la esquina del Jockey Club,
no hay española, *yankee* o francesa,
ni más bonita, ni más traviesa
que la duquesa del duque Job.

¡Cómo resuena su taconeó
en las baldosas! ¡Con qué meneo
lucen su talle de tentación!
Con qué airecito de aristocracia
mira a los hombres, y con qué gracia
frunce los labios —¡Mimí Pinson!

Si alguien la alcanza, si la requiebra,
ella, ligera como una cebra,
sigue camino del almacén;
pero ¡ay del tuno si alarga el brazo!
¡Nadie le salva del sombrillazo
que le descarga sobre la sien!

¡No hay en el mundo mujer más linda!
Pie de andaluza, boca de guinda,
esprit rociado de Veuve Clicqot;
talle de avispa, cutis de ala,
ojos traviesos de colegiala
¡como los ojos de Louise Théo!

Ágil, nerviosa, blanca, delgada,
media de seda bien restirada,
gola de encaje, corsé de ¡crac!
nariz pequeña, garbosa, cuca,
y palpitantes sobre la nuca
rizos tan rubios como el *cognac*.

Sus ojos verdes bailan el tango,
¡nada hay más bello que el arremango
provocativo de su nariz!
Por ser tan joven y tan bonita,
cual mi sedosa, blanca gatita,
¡diera sus pajes la emperatriz!

¡Ah, tú no has visto cuando se peina,
sobre sus hombros de rosa reina
caer los rizos en profusión!

¡Tú no has oído qué alegre canta,
mientras sus brazos y su garganta
de fresca espuma cubre el jabón!

¡Y los domingos! ¡Con qué alegría
oye en su lecho bullir el día
y hasta las nueve quieta se está!

¡Cuál se acurruca la perezosa,
bajo la colcha color de rosa,
mientras a misa la criada va!

La breve cofia de blanco encaje
cubre sus rizos, el limpio traje
aguarda encima del canapé;
altas, lustrosas y pequeñitas,
sus puntas muestran las dos botitas,
abandonadas del catre al pie.

Después, ligera, del lecho brinca,
¡oh, quién la viera cuando se hinca
blanca y esbelta sobre el colchón!
¿Qué valen junto de tanta gracia
las niñas ricas, la aristocracia,
ni mis amigas de cotillón?

Toco; se viste; me abre; almorzamos,
con apetito los dos tomamos
un par de huevos y un buen *beefsteak*,
media botella de rico vino,
y en coche juntos, vamos camino
del pintoresco Chapultepec.

.....

.....

Desde las puertas de la Sorpresa
hasta la esquina del Jockey Club,
no hay española, *yankee* o francesa,
ni más bonita, ni más traviesa
que la duquesa del duque Job.

Deseo

¿No ves cual prende la flexible yedra
entre las grietas del altar sombrío?
Pues como enlaza la marmórea piedra
quiero enlazar tu corazón, bien mío.

¿Ves cual penetra el rayo de la luna
las quietas ondas sin turbar su calma?
Pues tal como se interna en la laguna,
quiero bajar al fondo de tu alma.

Quiero en tu corazón, sencillo y tierno,
acurrucar mis sueños entumidos,
como al llegar las noches del invierno
se acurrucan las aves en sus nidos.

Del libro azul

Si mi secreto queréis que os diga,
cerrad, si os place, vuestro balcón:
temo que un Silfo, mi buena amiga,
en sus alitas llevar consiga
átomos de oro de mi pasión.

¿Queréis que os hable de mis amores?
Pues aguardemos a que las flores
quietas se duerman en el jardín;
odio las brisas por lo curiosas,
y me recato de aquellas rosas
que aquí perfuman el camarín.

Ya veis, señora, si soy discreto,
si avaricioso guardo el secreto,
de luz, de aroma, de brisa y flor;
mi alma es sagrario y urna cerrada,
donde lo llevo, perla guardada
en concha nácar, nido de amor.

Nadie lo sabe, nadie ha podido,
luz o silencio, sombra o rüido,
este secreto nunca saber.
Entre sus hojas, cual la violeta,

va con mi alma, dormida y quieta,
la casta imagen de esa mujer.

Soy como avaro que su tesoro,
sus ricas perlas, sus torres de oro,
guarda en el fondo de viejo arcón;
y cuando mi alma siente tristeza,
para ahuyentarla con su riqueza
va de puntillas al corazón.

Contemplo el oro de su cabello,
sus ojos claros, su terso cuello,
sus brazos blancos de rosa-té;
y porque no entre la luz curiosa,
mis ojos luego cierra medrosa,
¡pensando acaso que el Sol nos ve!

Si mi secreto queréis que os diga,
cerrad entonces vuestro balcón:
temo que un Silfo, mi buena amiga,
en sus alitas llevar consiga
átomos de oro de mi pasión.

Crepúsculo

La tarde muere: sobre la playa
sus crespas olas la mar rompió;
deja que pronto de aquí me vaya,
que ya la Tierra se obscureció.

Ven a mi lado, suelta los remos;
ven, un momento reposa aquí,
y los luceros brotar veremos
en ese manto de azul turquí.

No temas nada; la mar se calma,
las olas duermen: ¡aquí está Dios!
Ven, y juntemos alma con alma
para que juntas digan adiós.

La noche llega: de joyas rica,
sus negros cofres abre al volar,
y tu flotante falda salpica
la blanca espuma que forma el mar.

Corre la ola tras de la ola,
en pos de Vésper, Sirio brotó:
todo se busca; la playa sola
como enlutada desapareció.

Deja que agiten tu negra trenza
las frescas brisas al revolar;
ya la tranquila noche comienza
y entre las sombras se puede amar.

El alto faro su luz enciende,
las anchas velas se pierden ya,
el pez saltando las olas hiende
y la gaviota dormida está.

Dame tus manos: quiero tenerlas,
para abrigarme con su calor:
cárcel de conchas tienen las perlas,
¡cárcel de almas tiene el amor!

En esta débil barca que oscila
sobre el abismo vamos los dos:
amor escondes en tu pupila,
como en los cielos se oculta Dios.

Abre los ojos: no mires triste
cómo las olas van a morir;
se abre el abismo, como tú abriste
tu alma de virgen al porvenir.

La blanca estela que el barco deja
cual vía láctea del mar se ve,
ven: mientras tibia la luz se aleja,
en mis rodillas te sentaré.

Entre corales, Nereida hermosa
su rubia trenza torciendo está;
con verdes ojos nos ve envidiosa
y a flor del agua se asoma ya.

Ufano riza tu cabellera
el aire blando que sopla aquí;
las olas mueren en la ribera,
mas tu cariño no muere en mí.

Si tienes miedo, secreto nido
entre mis brazos te formaré,
y como a niño que va dormido
con anchas pieles te cubriré.

Gimiendo el agua la barca mece;
la blanda brisa te arrullará,
mientras mi mano que se entumece,
entre tus bucles se esconderá.

Mira: mi remo las olas abre,
hacia la playa tuerzo el timón.
su negro seno la mar entreabre,
¡pero más negros tus ojos son!

De Margarita

Un rizo tengo aquí de tu cabello:
rizo que con malicia y travesura,
a la trenza que enroscas en tu cuello
robé como reliquia de hermosura.

Para adquirir, ¡oh, diosa!, tal tesoro,
Rothschild y Vanderbilt son muy pequeños;
con este breve pedacito de oro
voy a comprar el mundo de los sueños.

¡Aquí está!... Si me acerco, si respiro,
en el blanco papel bulle travieso;
Por eso, triste, sin hablar, lo miro,
¡y con los ojos nada más lo beso!

Después del teatro

Salíamos del teatro: tú apoyada
con languidez artística en mi brazo;
muy cerca de mi pecho, tu regazo,
muy cerca de mi alma, tu mirada.

Bajamos la escalera: enmudecían
nuestros labios, tus ojos se entornaban,
y los que así, tan juntos, nos miraban,
—¡Cómo se ve que se aman! —repetían.

Aún verte me parece, casta ondina,
aún te contemplo púdica y esbelta,
como una maga vaporosa, envuelta
entre nubes de blanca muselina.

Aún me parece ver cómo cubría
tus hombros rafaélicos, la nube
de aquel chal que en tu cuerpo de querube,
una red de miosotis parecía.

¿Te acuerdas? Avanzamos muy despacio,
por la angosta calleja, en oleajes,
mirando deshacerse los celajes,
caleidoscopio inmenso del espacio.

A veces, con tu cuerpo junto al mío,
velabas, tiritando, tu regazo,
y apretando tu brazo con mi brazo,
murmurabas muy quedo: tengo frío.

Cinzel de luz que tus contornos labra
era la luna, y a su luz temblante,
un mármol de Canova tu semblante
y un sueño de Bellini tu palabra.

Así cruzamos por la calle muerta,
y en amorosa plática estuvimos,
hasta que pronto por mi mal nos vimos
de tu escondido hogar junto a la puerta.

Un momento después, en la vecina
pared, con indolencia reclinado,
contemplaba tu sombra, enamorado,
del balcón de tu alcoba en la cortina.

Lámpara opaca con su luz secreta,
el cortinaje aquel transparentaba,
y en los blancos tapices proyectaba
las líneas de tu artística silueta.

De aquella luz el misterioso rastro
te dibujaba en vaporosa bruma,
arrodillada en el colchón de pluma
como pálida virgen de alabastro.

Luego, tus manos, oprimiendo el pecho,
ya destrenzado tu cabello, oraste,
sacudiste tus rizos, y saltaste
como una corza blanca sobre el lecho.

.....
.....

Las sombras de la noche misteriosas
tu alcoba virginal han protegido;
sólo se oye el monótono ruido
de un paso que se aleja en las baldosas.

Ya todo yace en el reposo, inerme;
el lirio azul dormita en tu ventana:
¿Oyes?... desde la torre la campana
la media noche anuncia ... ¡Duerme! ¡Duerme!

De blanco

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina
de gótico altar?

De blancas palomas el aire se puebla;
con túnica blanca, tejida de niebla,
se envuelve a lo lejos feudal torreón;
erguida en el huerto la trémula acacia
al soplo del viento sacude con gracia
su níveo pompón.

¿No ves en el monte la nieve que albea?
La torre muy blanca domina la aldea,
las tiernas ovejas triscando se van;
de cisnes intactos el lago se llena;
columpia su copa la enhiesta azucena
y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo: la hostia fulgura;
de nieve parecen las canas del cura,
vestido con alba de lino sutil;

cien niñas hermosas ocupan las bancas,
y todas vestidas con túnicas blancas
en ramos ofrecen las flores de Abril.

Subamos al coro: la virgen propicia
escucha los rezos de casta novicia
y el Cristo de mármol expira en la cruz;
sin mancha se yerguen las velas de cera;
de encaje es la tenue cortina ligera
que ya transparenta del alba la luz.

Bajemos al campo: tumulto de plumas
parece el arroyo de blancas espumas
que quieren, cantando, correr y saltar;
su airosa mantilla de fresca neblina
terció la montaña; la vela latina
de barca ligera se pierde en el mar.

Ya salta del lecho la joven hermosa
y el agua refresca sus hombros de diosa,
sus brazos ebúrneos, su cuello gentil;
cantando y risueña se ciñe la enagua,
y trémulas brillan las gotas del agua
en su árabe peine de blanco marfil.

¡Oh, mármol! ¡Oh, nieves! ¡Oh, inmensa blancura,
que esparces doquiera tu casta hermosura!
¡Oh, tímida virgen! ¡Oh, casta vestal!

Tú estás en la estatua de eterna belleza;
de tu hábito blando nació la pureza,
¡al ángel das alas, sudario al mortal!

Tú cubres al niño que llega a la vida,
coronas las sienes de fiel prometida,
al paje revistes de rico tisú.
¡Qué blancas son, reinas, los mantos de armiño!
¡Qué blanca es, oh madres, la cuna del niño!
¡Qué blanca, mi amada, qué blanca eres tú!

En sueños ufanos de amores contemplo
alzarse muy blancas las torres de un templo,
y oculto entre lirios abrirse un hogar;
y el velo de novia prenderse a tu frente,
cual nube de gasa que cae lentamente
y viene en tus hombros su encaje a posar.

Prólogo

Aquel domingo, por la mañana,
la cuna vino del almacén,
y el colchoncito, de blanca lana,
para la cuna llegó también.

Junto del lecho de los esposos
el tibio nido se colocó,
y con encajes voluptuosos
la colgadura se le formó.

¡Qué buen domingo!, ¡qué hermoso día!
a punto estaba de obscurecer,
y alegre Clara, se divertía
los cortinajes en componer.

Aquí las colchas, recién sacadas,
blancas y tibias, de su baúl,
y encima puestas dos almohadas
transparentando su fondo azul.

Sobre la cuna, la cruz bendita
con una palma pequeña al pie,
y al otro lado, la virgencita
que para el niño guardada fue.

Vino la noche, la casta cuna,
ya concluida, puesta quedó;
y un apacible rayo de luna
entre sus ropas se acurrucó.

Abriendo Clara su costurero,
en la mesilla puso el quinqué,
mientras, fumando rico veguero,
alegre, Carlos, tomaba el té.

Junto a la mesa, Clara cosía,
y el buen esposo fuera de sí,
la suelta cuna lento mecía.
de gozo lleno, diciendo así:

—¡Verás: mi alma no se equivoca,
yo te lo digo, será mujer...
tendrá tus ojos, tendrá tu boca,
cual la del sueño que tuve ayer.

Los ojos negros, grandes, rasgados;
castaño el pelo también tendrá,
y de sus labios, tan encarnados
la misma fresa se encelará.

Cuando nos venga, luego, muy luego,
cuando la mande nuestro buen Dios,
como hace frío, junto del fuego
la velaremos siempre los dos.

Verás, mi vida, cómo sonrío
por las mañanas, al despertar;
verás, mi cielo, cómo se engríe
y con los ojos nos quiere hablar.

Irá creciendo; la llevaremos
los dos del brazo por el jardín,
y vueltos niños, retozaremos
hasta que Vésper salga por fin.

Será muy bella... ¡Si ya la veo
causando siempre la admiración,
siendo de todos vivo deseo,
y sólo nuestro su corazón!

He de ponerla tu mismo nombre...
—No —dice Clara— ¡qué loco estás!
¡Si lo presiento! ¡Si será hombre!
¡Rubio, gallardo, ya lo verás!

A esta alcoba le falta abrigo,
ya los balcones mandé ajustar,
que por la puerta, por el postigo
un soplo de aire se puede entrar.

Será tan débil... ¡El pobrecito
irá cobrando fuerzas después;
pero cubriendo su cuerpecito
calentaremos sus blancos pies!

Y su cabello rubio, rizado,
yo con mis manos alisaré,
y entre mis brazos aprisionado
sin que me entienda le charlaré.

Verás al verle cómo reímos:
por las alfombras gateando irá,
y cuando advierta que le seguimos,
verás si sabe decir ¡papá!

Cuando se acueste, como una loca
un beso largo daré en su sien,
dos en el cuello, tres en la boca
cinco en los ojos, diez... hasta cien.

Como cristiano, desde pequeño
sus oraciones sabrá rezar:
¡Ver me parece con cuánto empeño
su media lengua quiere ensayar!

Y así diciendo, Clara soñaba
tan a lo vivo su porvenir,
que de alborozo llena, cantaba
como si el niño fuese a dormir.

Luego siguiendo con ansia rara,
ambos hablaban como en tropel:
—¡Tus mismos ojos! —¡Tu misma cara!
¡Si será ella! —¡Si será él!

¡Si tú murieras!...

Anoche mientras fijos
tus ojos me miraban
y tus convulsas manos
mis manos estrechaban,
tu tez palideció:
¿Qué hicieras, me dijiste,
si en esta noche misma
tu luz se disipara,
si se rompiera el prisma,
si me muriera yo?

¡Ah!, deja las tristezas
al nido abandonado;
las sombras a la noche,
los dardos al soldado;
los cuervos al ciprés.
No pienses en lo triste
que sigiloso llega;
los mirtos te coronan,
y el arroyuelo juega
con tus desnudos pies.

La juventud nos canta,
nos ciñe, nos rodea;
es grana en tus mejillas;

en tu cerebro, idea;
y entre tus rizos, flor;
tenemos en nosotros
dos fuerzas poderosas
que triunfan de los hombres
y triunfan de las cosas:
¡la vida y el amor!

Comparte con mi alma
tus penas y dolores,
te doy mis sueños de oro,
mis versos y mis flores
a cambio de tu cruz.
¿Por qué temer los años,
si tienes la hermosura;
la noche, si eres blanca;
la muerte, si eres pura;
la sombra, si eres luz?

Seré, si tú lo quieres,
el resistente escudo
que del dolor defienda
tu corazón desnudo;
y si eres girasol,
seré la parte oscura
que en hondo desconsuelo
sin ver jamás los astros
se inclina siempre al suelo;
¡tú, la que mira al sol!

La muerte está muy lejos;
 anciana y errabunda,
evita los senderos
 que el rubio sol fecunda,
y por la sombra va:
camina sobre nieve,
 por rutas silenciosas,
huyendo de los astros
 y huyendo de las rosas;
¡la muerte no vendrá!

La vida, sonriendo,
 nos deja sus tesoros:
¡abre tus negros ojos,
 tus labios y tus poros
al aire del amor!
Como la madre monda
 las frutas para el niño,
Dios quita de tu vida,
 cercada de cariño,
las penas y el dolor.

Ahora todo canta,
 perfuma o ilumina;
ahora toda copia
 tu faz alabastrina,
y se parece a ti;
aspiro los perfumes
que brotan de tu trenza,

y lo que en tu alma apenas
 como ilusión comienza,
¡es voluntad en mí!

¡Ah!, deja las tristezas
 al nido abandonado;
las sombras a la noche,
 los dardos al soldado;
los cuervos al ciprés.
No pienses en lo triste
 que sigiloso llega;
los mirtos te coronan,
 y el arroyuelo juega
con tus desnudos pies.

Valleto y compañía

A Agustín F. Cuenca

Hundida la cabeza en la almohada
y en silencio soñando largo rato,
con el alma y la vida en la mirada
amoroso contemplo tu retrato.

Eres tú: bien conozco esos hechizos
y ese altivo mirar que me encadena,
la cascada opulenta de tus rizos,
y tus hombros ebúrneos de Sirena.

Eres tú: mal cubierta por las blondas,
artística y hermosa como Julia,
te miro aparecer entre las ondas
de tu lujoso traje de tertulia.

Las gasas transparentes y los lazos
tu seno de ángel con su velo encubren,
pero besando tus torneados brazos
tus hombros escultóricos descubren.

¡Qué bella estás! De tu belleza griega
se adivinan los mágicos contornos,

y hasta parece que la brisa juega
de tu traje gentil con los adornos.
Más te contemplo, y mientras más apuro
la copa del amor que tú me tiendes,
más del retrato en el contorno obscuro
como Venus hermosa te desprendes.

Alzas gallarda la serena frente,
en que tu casto espíritu reflejas,
y enarcas, sonriendo dulcemente,
las artísticas curvas de tus cejas.

Tus ojos de paloma que humedece
soplo de amor que tu pupila empaña,
que duermen melancólicos parece
bajo el negro cendal de la pestaña.

La brisa que a besarte no se atreve
tu rosada mejilla apenas toca,
y arco de grana sobre blanca nieve
el capullo parece de tu boca.

Tu opulenta y sedosa cabellera
desciende en bucles de oro por tu espalda,
y ciñen tu cintura de palmera
los lazos donairosos de tu falda.

Un diamante titila como un astro
de tu pecho de virgen en el cielo,

y ciñe tu garganta de alabastro
un angosto collar de terciopelo.
¡Así te había soñado, entre el encaje
que por alas ostentan los querubes,
con ese blanco y vaporoso traje,
como Ofelia perdida entre las nubes!

¡Así te había soñado! Tu pupila
que el soplo del amor ha humedecido,
buscando en los espacios intranquila
del alma al amoroso prometido.

¡Así te había soñado! Como sombra,
en curvas voluptuosas ondulando,
y del salón espléndido en la alfombra
tus encajes y blondas arrastrando.

Tu rostro escultural, blanco capullo
en taza de alabastro perfumada:
con majestad de reina en el orgullo,
con algo de la corza en la mirada.

Entreabierta la boca; como ondina
envuelta en las espumas de tu traje;
temblando de pudor si se adivina
de tu seno el suavísimo oleaje.

Gallarda tu cintura balanceando
entre mis brazos con delirio ciego,

¡y juntos nuestros pechos palpitando
del vals entre la ráfaga de fuego!
¡Así...! Tiembla y vacila la bujía;
cruje y se mueve la cerrada puerta.
¿Por qué miro la noche tan sombría?
¿Por qué miro mi alcoba tan desierta?

Vuelvo a la realidad... se desvanece
el sueño: aún mi corazón palpita;
el pensamiento torpe se adormece...
¡Era Fausto soñando en Margarita!

Reclino mi cabeza en la almohada,
en silencio medito largo rato,
asomo toda el alma en la mirada,
¡y sigo contemplando tu retrato!

¿Por qué, si no me quieres?

¿Por qué, si no me quieres, me buscas y me llamas,
y de pasión palpitas cuando me acerco a ti?
¿Por qué, si no me quieres, por qué, si no me amas,
cuando tus labios callan, tus ojos dicen: *sí*?

Si nadie nos observa, te sientas a mi lado
en el rincón obscuro del rudo canapé,
y siento poco a poco tu aliento perfumado
y el tímido contacto de tu impaciente pie.

Y luego te retiras, te vas, como la ola
que solitaria deja las rocas, al bajar;
y mi alma queda triste, como la playa sola
cuando su leve falda recoge lento el mar.

Me esquivas si te busco, me llamas si me alejo;
te mofas de mis sueños y excitas mi pasión;
me huyes cautelosa, y si tu casa dejo,
entornas para verme la puerta del balcón.

¡Oh, blanca taciturna, la virgen y la oscura,
el éter impalpable, la sombra sin color,
el cáliz que no toca más que la mano pura,
el águila que en vano persigue el cazador!

¿Qué quieres de mi alma? Tu pecho impenetrable,
con triple bronce escudas, burlando mi ansiedad,
y tienes del espacio lo vago, lo insondable,
y de la obscura noche, la densa obscuridad.

Quisiera ser la sombra para espiar tu sueño,
y para ver qué escribes, las hojas del carnet,
para seguir tus pasos, el escaupín pequeño,
para sentir si tiembblas, al verme, tu corsé.

En un abanico

Ojos de negros espejos
más que la mar agitados,
decid si estáis enlutados
por los que amando de lejos
se mueren de enamorados;
¡ojos de negros espejos
más que la mar agitados!

Resucitarán

Los pájaros que en sus nidos
mueren, ¿a dónde se van?
¿Y en qué lugar escondidos
están, muertos o dormidos,
los besos que no se dan?

Nacen, y al punto traviosos
hallar la salida quieren;
pero como nacen presos,
se enferman pronto mis besos
y apenas nacen, ¡se mueren!

En vano con raudo giro
éste a mis labios llegó,
si lejos los tuyos miro...
¿Sabes lo que es un suspiro?
¡Un beso que no se dio!

¡Qué labios tan carceleros!
Con cadenas y cerrojos
los aprisionan severos,
¡y apenas los prisioneros
se me asoman a los ojos!

Pronto rompe la cadena
de tan injusta prisión,
y no mueran más de pena,
¡que ya está de besos llena
la tumba del corazón!

¿Qué son las bocas? Son nidos
¿Y los besos? ¡Aves locas!
Por eso, apenas nacidos,
de sus nidos aburridos
salen buscando otras bocas.

¿Por qué en cárcel sepulcral
se trueca el nido del ave?
¿Por qué los tratas tan mal,
si tus labios de coral
son los que tienen la llave?

—Besos que, apenas despiertos,
volar del nido queréis
a sus labios entreabiertos,
en vuestra tumba, mis muertos,
dice: ¡resucitaréis!

Frente a frente

Oigo el crujir de tu traje,
turba tu paso el silencio,
pasas mis hombros rozando
y yo a tu lado me siento.
Eres la misma: tu talle,
como las palmas esbelto,
negros y ardientes los ojos,
blondo y rizado el cabello;
blando acaricia mi rostro
como un suspiro tu aliento;
me hablas como antes me hablabas,
yo te respondo muy quedo,
y algunas veces tus manos
entre mis manos estrecho.
¡Nada ha cambiado: tus ojos
siempre me miran serenos,
como a un hermano me buscas,
como una hermana te encuentro.
¡Nada ha cambiado: la luna
deslizando su reflejo
a través de las cortinas
de los balcones abiertos;
allí el piano en que tocas,
allí el velador chinesco,

y allí tu sombra, mi vida,
en el cristal del espejo.
Todo lo mismo: te miro;
pero al mirarte no tiemblo,
cuando me hablas te escucho,
cuando me miras no sueño.
Todo lo mismo: pero algo
dentro de mi alma se ha muerto.
¿Por qué no sufro como antes?
¿Por qué, mi bien, no te quiero?

Estoy muy triste: si vieras,
desde que ya no te quiero
siempre que escucho campanas,
digo que tocan a muerto.
Tú no me amabas, pero algo
daba esperanza a mi pecho,
y cuando yo me dormía
tú me besabas durmiendo.
Ya no te miro como antes,
ya por las noches no sueño,
ni te esconden vaporosas
las cortinas de mi lecho.
Antes de noche venías
destrenzado tu cabello,
blanca tu bata flotante,
tiernos tus ojos de cielo;
lámpara opaca en la mano,

negro collar en el cuello,
dulce sonrisa en los labios
y un azahar en el pecho.
Hoy, no me agito si te hablo
ni te contemplo si duermo,
ya no se esconde tu imagen
en las cortinas del lecho.

Ayer, vi a un niño en la cuna;
estaba el niño durmiendo,
sus manecitas muy blancas,
muy rizado su cabello.
No sé por qué, pero al verle
vino otra vez tu recuerdo,
y al pensar que no me amaste,
sollozando le di un beso.
Luego, por no despertarle
me alejé quedo, muy quedo.
¡Qué triste que estaba el alma!
¡Qué triste que estaba el cielo!
Volví a mi casa llorando,
me arrojé luego en el lecho;
todo estaba solitario,
todo muy negro, ¡muy negro!
Como una tumba mi alcoba,
la tarde tenue muriendo,
¡mi corazón con el frío
de los hogares desiertos!

Busqué la flor que me diste
una mañana en tu huerto
y con mis manos convulsas
la apreté contra mi pecho;
miré luego en torno mío
y la sombra me dio miedo...
perdóname, sí, perdóname,
¡no te quiero, no te quiero!

A Lydia

¿A cuántos engañaron tus promesas,
oh, Circe habilidosa? ¿Cuántos, dime,
tus rojos labios de coral mordieron?
¿Cuántos de tus burlados amadores
como propicias víctimas murieron?
Yo sé que todo cuanto dices, Lydia,
es calculada red engañadora,
que no hubo en el mundo más perfidia,
ni mar, cerúlea ninfa, más traidora.

Pero disfrute yo de tus halagos,
y sienta de tu boca estremecida
la caliente humedad cuando me besas,
y mientan en buen hora tus promesas,
aunque me cueste el despertar, la vida.

Después del vals

Cuando tu rostro comienza
a teñir rojo color,
dudo si es el del pudor
o si es el de la vergüenza.

Ya no me tienes que dar
ni yo te puedo pedir;
tú me enseñaste a mentir,
yo te enseñaré a olvidar.

Después de lo que pasó
y después de lo que vi,
inútil tu amor quedó
para el otro y para mí.

Ya pasó tu abril y mayo
y miras a todos mal...
no haces bien; mas... cada cual
hace de su capa un sayo.

Rezas por mi alma en la misa
al decir el ofertorio,
cuando rezas por las almas
que están en el Purgatorio.

El camino de tu casa
tengo tan bien aprendido,
que todas las noches corro
hasta tu puerta dormido.

No me quieras cautivar
ni me quieras sorprender
que, si te vuelvo a querer
te he de volver a olvidar.

¿Que soy joven?, en efecto;
pero es tu reparo loco;
la juventud es defecto
que se quita poco a poco.

Es cosa que da tristeza
pensar en mi condición:
tengo vieja la cabeza
y joven el corazón.

No esperes con tu boato
pescar al fin un marido,
que, si tu amor es barato,
es muy caro tu vestido.

¿Crees que me gustan a mí
las morenas? ¡Puede ser...!
Me gusta toda mujer
¡que no se parezca a ti...!

Para un menú

Las novias pasadas son copas vacías,
en ellas pusimos un poco de amor;
el néctar tomamos... huyeron los días...
¡Traed otras copas con nuevo licor!

Champagne son las rubias de cutis de azalia;
borgoña los labios de vivo carmín;
los ojos oscuros son vino de Italia,
los verdes y claros son vino del Rhin.

Las bocas de grana son húmedas fresas;
las negras pupilas escancian café;
son ojos azules las llamas traviesas
que trémulas corren como almas del té.

La copa se apura, la dicha se agota;
de un sorbo tomamos mujer y licor...
Dejemos las copas... Si queda una gota,
¡que beba el lacayo las heces de amor!

En un cromo

Niña de la blanca enagua
que miras correr el agua
y deshojas una flor;
más rápido que esas ondas,
niña de las trenzas blondas,
pasa cantando el amor.

Ya me dirás, si eres franca,
niña de la enagua blanca,
que la dicha es el amor;
mas yo haré que te convenzas,
niña de las rubias trenzas,
de que olvidar es mejor.

Mimí

Llenad la alcoba de flores
y solo dejadme aquí;
quiero llorar mis amores,
que ya está muerta Mimí:

sobre su lecho tendida,
inmóvil y blanca está;
parece como dormida;
pero no despertará.

En balde mi mano toca
sus rizos color de té,
y en balde beso su boca;
¡porque Mimí ya se fue!

Dejadme: tal vez despierta
pronto la veré saltar,
pero cerrad bien la puerta
por si se quiere escapar.

Mimí, la verde pradera
perfuma el blanco alhelí,
ya volvió la primavera,
¡vamos al campo, Mimí!

¡Deja el lecho, perezosa!
hoy es domingo, mi bien,
está la mañana hermosa
y cerrado tu almacén.

Ata las bridas flotantes
de tu capota gentil,
mientras cubro con los guantes
tus manitas de marfil.

¡Abre tus ojos, despierta!
¿No sabes que estoy aquí?
¿Verdad que tú no estás muerta?
¡Despierta, rubia Mimí!

Quiero en vano que responda;
¡ya nunca más la veré!
la pobre niñita blonda,
que me quiso, ¡ya se fue!

En sus manos, hoy tan quietas,
deja ya mi juventud,
y con azules violetas
cubro su blanco ataúd.

Si alegre, gallarda y bella
la veis pasar por allí,
no os imaginéis que es ella ...
¡ya está bien muerta Mimí!

Resurrexit!

¡Tu amor no muere en mí! Su sien helada
late junto a mi pecho dolorido;
intacto está tu altar, blanca enlutada;
tu amor no muere en mí: vive dormido.

En su huerto

Pasé ayer junto a tu puerta,
vi la ventana desierta,
tu blanca alcoba sin luz;
volví a pasar, y llorando,
vi dos flámulas temblando
y en medio de ellas la cruz.

Antes sombras; luces luego;
blancos cirios cuyo fuego
alumbraba ... no sé qué;
algo triste, tan sombrío,
que de mudo pavor, frío,
por la reja me asomé.
¡Ahí estabas; adormida
como estatua desprendida
de algún nicho sepulcral!
Tus pupilas apagadas
y tus manos encruzadas
sobre el pecho virginal.

¡Ahí estabas! Parecía
que tu boca sonreía
murmurando una oración.
Tus mejillas, ya marchitas,

y tus blancas manecitas
oprimiendo el corazón...

Una anciana de rodillas
y las luces amarillas
rodeando el ataúd;
la esquila estaba volteando
y la tórtola llorando
de tu huerto en la quietud.

¡Pobre niña, me querías
y en tus lentas agonías
me llamaste acaso a ti!
Hoy tus ojos apagados
y tus labios entornados
no se vuelven hacia mí.

Yo te amaba; tú me amaste;
te olvidé, me perdonaste
y por mí pediste a Dios.
Hoy, mi alondra, fuiste al cielo;
yo padezco sin consuelo;
¿quién ha muerto de los dos?

Efímeras

¿Adónde van los sonidos
cuando muere en los oídos
la postrera vibración?
El aire es mar: en él bogan
y se hunden y se ahogan
en la móvil extensión.

¿Adónde vuela el perfume?
Se evapora, se consume
y se disipa y se va:
triste vampiro del orbe
el aire su esencia sorbe
y muerto el perfume está.

¿Adónde su disco encierra
el rojo sol cuando cierra
la tiniebla su capuz?
¿Y adónde, tristes y bellas,
van las pálidas estrellas
cuando aparece la luz?

El aire es tumba: devora
lo que brilla, lo que llora,
el perfume, la canción:

efímeras vibraciones,
luces, perfumes y sonos
van al mismo panteón.

Pero la música blanda,
revive, palpita y anda
sumisa a la voluntad;
está dormida, no muerta;
si queréis verla despierta,
¡tocad, artistas, tocad!

El perfume no se agota:
cada molécula brota
y se esparce en la extensión,
vibra próxima a perderse
y ondulando va a esconderse
en las hojas del botón.

Hay bajo el gran Océano
un palacio soberano
que habita de noche el Sol;
duermen los átomos rojos:
los corales son sus ojos,
y su alcoba un caracol.

Tras los tímpanos polares,
en los hiperbóreos mares
qué triste la Osa se ve;

en tanto que dura el día,
descansa la estrella fría
de un monte nevado al pie.

Toda muerte es aparente;
el Sol renace en Oriente,
surge la Luna del mar;
los aires que soplan yertos
están poblados de muertos
que van a resucitar.

Pero, ¿en qué limbo sepulto,
en qué caracol oculto,
en qué pétalo de flor,
en qué témpano escondido,
mientras que dure el olvido,
vive, señora, mi amor?

En un abanico (II)

Pobre verso condenado
a mirar tus labios rojos
y en la lumbre de tus ojos
quererse siempre abrasar;
colibrí del que se aleja
el mirto que lo provoca,
y ve de cerca tu boca,
¡y no la puede besar!

Hojas secas

¡En vano fue buscar otros amores!
¡En vano fue correr tras los placeres!
Que es el placer un áspid entre flores,
y son copos de nieve las mujeres.

Entre mi alma y las sombras del olvido
existe el valladar de su memoria ...
Que nunca olvida el pájaro su nido,
ni los esclavos del amor su historia.

Con otras ilusiones engañarme
quise, y entre perfumes adormirme:
¡Y vino el desengaño a despertarme,
y vino su memoria para herirme!

¡Ay, mi pobre alma! ¡Cuál te destrozaron
y con cuánta inclemencia te vendieron!
Tú quisistes amar: ¡y te mataron!
Tú quisiste ser buena: ¡y te perdieron!

¡Tanto amor, y después olvido tanto!
¡Tanta esperanza convertida en humo!
con razón en el fuego de mi llanto
como nieve a la lumbre me consumo.

¡Cómo olvidarla, si es la vida mía!
¡Cómo olvidarla, si por ella muero!
¡Si es mi existencia lúgubre agonía,
y con todo mi espíritu la quiero!

En holocausto díla mi existencia;
la di un amor purísimo y eterno;
y ella en cambio, manchando mi conciencia,
en pago del Edén, dióme el Infierno.

¡Y mientras más me olvida, más la adoro!
¡Y mientras más me hiere, más la miro!
¡Y allá dentro del alma siempre lloro!
Y allá dentro del alma siempre expiro.

¡El eterno llorar! Tal es mi suerte;
nacé para sufrir y para amarla;
¡sólo el hacha cortante de la muerte
podrá de mis recuerdos arrancarla!

Para entonces

Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo;
donde parezca sueño la agonía,
y el alma, un ave que remonta el vuelo.

No escuchar en los últimos instantes,
ya con el cielo y con el mar a solas,
más voces ni plegarias sollozantes
que el majestuoso tumbo de las olas.

Morir cuando la luz, triste retira
sus áureas redes de la onda verde,
y ser como ese sol que lento expira:
algo muy luminoso que se pierde.

Morir, y joven; antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona;
cuando la vida dice aún: soy tuya,
¡aunque sepamos bien que nos traiciona!

Pobre y enferma

Todas corren y saltan bulliciosas;
ella, sola se está,
todas van tras aquellas mariposas,
pero ella no... ¡no va!

¿Por qué ninguna niña la acompaña?
¿Por qué cuando las mira,
una lágrima tiembla en su pestaña,
baja el rostro, y suspira?

Como pájaros sueltos, sonriendo,
las niñas juegetean,
y al mirarlas alegres ir corriendo,
parece que aletean.

Ella, pálida, inmóvil, escuchando
el roce de la seda;
gorros, encajes, blondas contemplando,
como absorta se queda.

Lejos entonces del alegre prado
se detiene cobarde,
tímida, como el torpe convidado
que al festín llega tarde.

Siempre la miro así: siempre sentada
en la glorieta aquella,
con un tápalo roto rebujada,
enferma, triste, bella.

Es limpia su indigencia; con aseo
sus harapos dispone,
y el roto abrigo, sin color y feo,
caprichosa compone.

A veces con su aspecto de tristeza
a donde juegan viene;
pero al ver que repugna su pobreza,
muy lejos se detiene.

Es muy pobre, muy pobre su vestido;
roto está su calzado,
y va pisando el suelo endurecido
con el pie delicado.

Áspero y lacio su cabello crece
que por peinar se afana;
está su rostro pálido; parece
de blanca porcelana.

Triste, muy triste, con extraño miedo
de las gentes se aleja;

y cuando habla, su voz suena tan quedo
que parece una queja.

Tiene la amarillez de los que lloran;
por ser pobre, es adusta;
y como todos con placer la azoran,
al ver gente se asusta.

Sufre mucho: una lágrima humedece
su pupila escondida,
¡y de sus labios lívidos parece
que se ausentó la vida!

No anda, se desliza. Silenciosa
por todas partes vaga,
y la luz de sus ojos temblorosa
cada vez más se apaga.

Como mártir caído sin aliento,
sin que tema ni espere,
en un rincón del alma, soñoliento,
¡su espíritu se muere!

¡Tan nerviosa, tan débil, delicada
como la sensitiva,
yo no sé, pobre niña abandonada,
cómo aún está viva!

¡Cómo puede vivir si se consume
su alma taciturna!
¡Cómo puede escaparse así el perfume
sin que rompa la urna!

¡Pobre niña! Te llama el precipicio
y no es la senda larga,
que te arrojó sobre la tierra el vicio
como cáscara amarga.

Venga el eterno sueño a protegerte
antes que mal te venza:
es una madre para ti la muerte;
¡tu vida es la vergüenza!

Dios te hizo luz. El mundo te hará sombra,
Don Juan te acecha ufano...
¡Tiende las alas! Para huir la tromba,
nunca, nunca es temprano.

Hoy tu dolor es el dolor sublime
de la víctima santa,
hoy tienes la amargura que redime,
la pena que agiganta.

Eres un santuario de inocencia
envuelto en densa nube,

y Dios quiere que sufras la existencia
para hacerte querube.

Como planta marchita, tu cabeza
a la tierra se inclina,
y con mano de mármol la tristeza,
cual madre, te encamina.

¡Mas tu apacible y puro pensamiento
al del ángel iguala,
porque para tu alma el sufrimiento
es una inmensa ala!

¡Vete del mundo! No hay aquí defensa
y el abismo te llama:
si te entristece la partida, piensa
¡que aquí nadie te ama!

Ultima neocat

¡Huyen los años como raudas naves!
¡Rápidos huyen! Infecunda Parca
pálida espera. La salobre Estygia
calla dormida.

¡Voladores años!
¡Dado me fuera detener convulso,
horas fugaces, vuestra blanca veste!
Pasan las dichas y temblando llegan
mudos inviernos...

Las fragantes rosas
mustias se vuelvan, y el enhiesto cáliz
cae de la mano. Pensativa el alba
baja del monte. Los placeres todos
duermen rendidos...

En mis brazos flojos
Cintia descansa.

Ondas muertas

A Luis Medrano

En la sombra debajo de tierra
donde nunca llegó la mirada,
se deslizan en curso infinito
silenciosas corrientes de agua.
Las primeras, al fin, sorprendidas,
por el hierro que rocas taladra,
en inmenso penacho de espumas
hervorosas y límpidas saltan.
Mas las otras, en densa tiniebla,
retorciéndose siempre resbalan,
sin hallar la salida que buscan,
a perpetuo correr condenadas.

A la mar se encaminan los ríos,
y en su espejo movable de plata,
van copiando los astros del cielo
o los pálidos tintes del alba:
ellos tienen cendales de flores,
en su seno las ninfas se bañan,
fecundizan los fértiles valles,
y sus ondas son de agua que canta.
En la fuente de mármoles níveos,
juguetona y traviesa es el agua,
como niña que en regio palacio

sus collares de perlas desgrana.
Ya cual flecha bruñida se eleva,
ya en abierto abanico se alza,
de diamantes salpica las hojas
o se duerme cantando en voz baja.

En el mar soberano las olas
los peñascos abruptos asaltan:
al moverse, la tierra conmueven
y en tumulto los cielos escalan.

Allí es vida y es fuerza invencible,
allí es reina colérica el agua,
como igual con los cielos combate
y con dioses y monstruos batalla.

¡Cuán distinta la negra corriente
a perpetua prisión condenada,
la que vive debajo de tierra
do ni yertos cadáveres bajan!
¡La que nunca la luz ha sentido,
la que nunca solloza ni canta,
esa muda que nadie conoce,
esa ciega que tienen esclava!

Como ella, de nadie sabidas,
como ella, de sombras cercadas,
sois vosotras también, las obscuras

silenciosas corrientes de mi alma.
¿Quién jamás conoció vuestro curso?
¡Nadie a veros benévolo baja!
¡Y muy hondo, muy hondo se extienden
vuestras olas cautivas que callan!
¡Y si paso os abrieran, saldríais,
como chorro bullente de agua,
que en columna rabiosa de espuma
sobre pinos y cedros se alza!
Pero nunca jamás, prisioneras,
sentiréis de la luz la mirada:
¡seguid siempre rodando en la sombra,
silenciosas corrientes del alma!

Mis enlutadas

Descienden taciturnas las tristezas
al fondo de mi alma,
y entumecidas, haraposas brujas,
con uñas negras
mi vida escarban.

De sangre es el color de sus pupilas,
de nieve son sus lágrimas:
hondo pavor infunden... yo las amo
por ser las solas
que me acompañan.

Aguárdolas ansioso, si el trabajo
de ellas me separa,
y búscolas en medio del bullicio,
y son constantes,
y nunca tardan.

En las fiestas, a ratos se me pierden
o se ponen la máscara,
pero luego las hallo, y así dicen:
—¡Ven con nosotras!
¡Vamos a casa!

Suelen dejarme cuando sonriendo
mis pobres esperanzas
como enfermitas, ya convalecientes,
salen alegres
a la ventana.

Corridas huyen, pero vuelven luego
y por la puerta falsa
entran trayendo como nuevo huésped
alguna triste,
lívica hermana.

Ábrese a recibirlas la infinita
tiniebla de mi alma,
y van prendiendo en ella mis recuerdos
cual tristes cirios
de cera pálida.

Entre esas luces, rígido, tendido,
mi espíritu descansa;
y las tristezas, revolando en torno,
lentas salmodias
rezan y cantan.

Escudriñan del húmedo aposento
rincones y covachas,
el escondrijo do guardé cuitado
todas mis culpas,

todas mis faltas,
y hurgando mudas, como hambrientas lobas,
las encuentran, las sacan,
y volviendo a mi lecho mortuorio
me las enseñan
y dicen: habla.

En lo profundo de mi ser bucean,
pescadoras de lágrimas,
y vuelven mudas con las negras conchas
en donde brillan
gotas heladas.

A veces me revuelvo contra ellas
y las muerdo con rabia,
como la niña desvalida y mártir
muerde a la harpía
que la maltrata.

Pero en seguida, viéndose impotente,
mi cólera se aplaca,
¿Qué culpa tienen, pobres hijas mías,
si yo las hice
con sangre y alma?

Venid, tristezas de pupila turbia,
venid, mis enlutadas,
las que viajáis por la infinita sombra,

donde está todo
lo que se ama.

Vosotras no engañáis: venid, tristezas,
¡oh, mis criaturas blancas
abandonadas por la madre impía,
tan embustera,
por la esperanza!

Venid y habladme de las cosas idas,
de las tumbas que callan,
de muertos buenos y de ingratos vivos.
Voy con vosotras,
vamos a casa.

La duda

¡Aparta, sombra horrible,
aparta de mi frente
tus alas, que la cubren
con fúnebre crespón!
¡Aparta, que a mis ojos
asoma el llanto ardiente,
y roto está en pedazos
mi triste corazón!

¿Qué quieres, de las sombras
espectro pavoroso?
¿Por qué junto a mi lecho,
velando siempre estás?
¿Por qué inclemente turbas
mi sueño y mi reposo?
¿Por qué, fantasma negro,
conmigo siempre vas?

¿No sabes que mis dichas
destruyes con tu aliento?
¿No sabes que mis ojos
te miran con pavor?
¡Aparta, sombra horrible!
¡Aparta, que tu acento

resuena en mis oídos
cual grito del dolor!

¿Qué quieres, que así turbas
mi paz, mis alegrías?

¿Por qué mis dichas vienes
en llanto a convertir?

¿Por qué marchitas todas
las esperanzas mías?

¿Por qué cubres de sombras
mi hermoso porvenir?

¿Acaso ignoras, dime,
que el santo amor que siento
es alma de mi alma
y vida de mi ser?

¿No sabes que sin ella
la vida es un tormento,
la fe palabra vana,
quimérico el placer?

¿Por qué a mi vida siempre
tu ronca voz murmura,
que es loca la esperanza
de coronar mi amor?

¿Por qué tu acento dice
que es sueño la ventura,
y que tan sólo es cierto
el llanto y el dolor?

¡Y siempre me acompañas!
¡Y siempre tu sonrisa
como puñal agudo
me hiere el corazón!
¡Y al contemplarte trueco
en lágrimas mi risa,
y al contemplarte exhalo
terrible maldición!

De sombras has llenado
mi alma y mi conciencia;
en lánguido gemido
trocaste mi cantar;
con tu hálito de averno
mataste mi creencia,
¡y horrible panorama
me obligas a mirar!

¡Ya basta! que mi frente
doblégase abatida
y presuroso late
mi triste corazón:
¡un caos es mi cerebro,
tristísima guarida
de negros pensamientos
de luto y aflicción!

¡Ya basta, ser maldito!
No turbes más mi calma:
mi mente es una hoguera,
mi pecho es un volcán;
como la corza herida
agítase mi alma,
y cruza en mi cabeza
terrible huracán.

Por desasirme lucho
de tus feroces garras,
y libertarme quiero
de tu fatal poder;
como velera nave
que rompe sus amarras
¡y el océano hirviente
comienza libre a hender!

El hada verde

(Canción del bohemio)

¡En tus abismos, negros y rojos
fiebre implacable, mi alma se pierde;
y en tus abismos miro los ojos
los verdes ojos del hada verde!

¡Es nuestra musa glauca y sombría,
la copa rompe, la lira quiebra,
y a nuestro cuello se enrosca impía
como culebra!

Llega y nos dice: —¡Soy el Olvido;
yo tus dolores aliviaré!—
¡Y entre sus brazos, siempre dormido
yace Musset!

¡Oh, musa verde! ¡Tú, la que flotas
en nuestras venas enardecidas,
tú, la que absorbes, tú, la que agotas
almas y vidas!

En las pupilas concupiscencia;
juego en la mesa donde se pierde
con el dinero, vida y conciencia,

en nuestras copas, eres demencia...
¡Oh, musa verde!

Son ojos verdes los que buscamos;
verde el tapete donde jugué,
verdes absintios los que apuramos,
y verde el sauce que colocamos
en tu sepulcro, ¡pobre Musset!

Los moscos

Hizo Dios al león, al tigre hosco,
y a la hiena voraz; el Diablo, ¡al mosco!

Y Ahriman, encarándose blasfemo
con el creador supremo,
murmuró estas palabras: —¡Tu obra admiro!
Tú creaste la garra, araña horrible;
el encorvado pico, el diente agudo;
el pulpo, mareando en lo invisible.
La hiena: boca. La culebra: nudo.
El rojo tigre, un Hércules de Angola;
el colmillo, el tentáculo, la uña;
ese Bismarck del tiburón, la cola;
y ese dos de diciembre, ¡la pezuña!

Pero tu obra es la maldad infolio:
el elefante es casi un capitolio,
la trompa es una encina que se mueve;
el oso blanco, un Ararath de nieve;
los búfalos, los toros, los chacales
y el mariscal Von Moltke son iguales.
Todo eso es rudo, material y tosco
yo ni garras ni dientes necesito,
tomo una sola gota de infinito,
le infundo mi maldad, y te hago el mosco.

¿Qué es el mosco en verdad? Es lo invisible,
lo formidable, lo brutal, lo innúmero;
el león tiene la garra, ¡araña horrible!,
pero el mosco le vence, ¡tiene el número!
En la atmósfera azul se multiplica;
es un átomo de aire que nos pica;
no sabemos si es rojo, negro o verde,
es una idea de Veuillot que muerde.
Le matamos y a poco resucita;
se oculta, porque el mosco es un jesuita,
pero luego zumbando se revela:
es un microbio prófugo que vuela.
¡Obsesión! ¡Ananké! ¡Lo interminable
zumbando eternamente en lo insondable!
¡Ser bebido!, ¡oh terror!, ser como fuente
en que el mosco voraz su sed abreva
y sentir que la sangre se nos lleva
¡y que es nuestro pariente!
¿Qué congoja, qué angustia habrá más honda
para el poeta que sentirse fonda?

No hay moscos en el Cielo, el mal impera
en la proscrita humanidad sombría;
no hay moscos más allá, si los hubiera,
¡Júpiter inmortal se rascaría!

A un triste

¿Por qué de amor la barca voladora
con ágil mano detener no quieres,
y esquivo menosprecias los placeres
de Venus, la impasible vencedora?

A no volver los años juveniles,
huyen como saetas disparadas
por mano de invisible Sagitario;
triste vejez, como ladrón nocturno,
sorpréndenos sin arma ni defensa,
y con la extremidad de su arma inmensa,
la copa del placer vuelca Saturno.

¡Aprovecha el minuto y el instante!
Hoy te ofrece rendida la hermosura
de sus hechizos el gentil tesoro,
y llamándote ufana en la espesura,
suelta Pomona sus cabellos de oro.

En la popa del barco empavesado
que navega veloz rumbo a Citeres,
de los amigos el clamor te nombra,
mientras, tendidas en la egipcia alfombra
sus crótalos agitan las mujeres.

Deja, por fin, la solitaria playa,
y coronado de fragantes flores
¡descansa en la barquilla de las diosas!
¿Qué importa lo fugaz de los amores?
¡También expiran jóvenes las rosas!

Pax animae

Después de leer a dos poetas

¡Ni una palabra de dolor blasfemo!
Sé altivo, sé gallardo en la caída,
¡y ve, poeta, con desdén supremo
todas las injusticias de la vida!

No busques la constancia en los amores,
no pidas nada eterno a los mortales,
y haz, artista, con todos tus dolores
excelsos monumentos sepulcrales.

En mármol blanco tus estatuas labra,
castas en la actitud, aunque desnudas,
y que duerma en sus labios la palabra ...
y se muestren muy tristes ... ¡pero mudas!

¡El nombre! ¡Débil vibración sonora
que dura apenas un instante! ¡El nombre!...
¡Ídolo torpe que el iluso adora!
¡Última y triste vanidad del hombre!

¿A qué pedir justicia ni clemencia
—si las niegan los propios compañeros—

a la glacial y muda indiferencia
de los desconocidos venideros?
¿A qué pedir la compasión tardía
de los extraños que la sombra esconde?
¡Duermen los ecos en la selva umbría
y nadie, nadie a nuestra voz responde!

En esta vida el único consuelo
es acordarse de las horas bellas,
y alzar los ojos para ver el cielo
cuando el cielo está azul o tiene estrellas.

Huir del mar y en el dormido lago
disfrutar de las ondas el reposo...
Dormir... soñar... el Sueño, nuestro mago,
¡es un sublime y santo mentiroso!

... ¡Ay! Es verdad que en el honrado pecho
pide venganza la reciente herida ...
Pero... ¡perdona el mal que te hayan hecho!
¡Todos están enfermos de la vida!

Los mismos que de flores se coronan
para el dolor, para la muerte nacen...
Si los que tú más amas te traicionan
¡perdónalos, no saben lo que hacen!

Acaso esos instintos heredaron,
y son los inconscientes vengadores
de razas o de estirpes que pasaron
acumulando todos los rencores.

¿Eres acaso el juez? ¿El impecable?
¿Tú la justicia y la piedad reúnes?
... ¿Quién no es fugitivo responsable
de alguno o muchos crímenes impunes?

¿Quién no ha mentido amor y ha profanado
de un alma virgen el sagrario augusto?
¿Quién está cierto de no haber matado?
¿Quién puede ser el justiciero, el justo?

¡Lástimas y perdón para los vivos!
Y así, de amor y mansedumbre llenos,
seremos cariñosos, compasivos...
¡Y alguna vez, acaso, acaso buenos!

¿Padeces? Busca a la gentil amante,
a la impasible e inmortal belleza,
y ve apoyado, como Lear errante,
en tu joven Cordelia: la tristeza.

Mira: se aleja perezoso el día...
¡Qué bueno es descansar! El bosque obscuro

nos arrulla con lánguida armonía.
El agua es virgen. El ambiente es puro.

La luz, cansada, sus pupilas cierra;
se escuchan melancólicos rumores,
y la noche, al bajar, dice a la tierra:
—¡Vamos... ya está... ya duérmete... no llores!

.....

Recordar... Perdonar... Haber amado...
Ser dichoso un instante, haber creído...
Y luego... reclinarse fatigado
en el hombro de nieve del olvido.

Sentir eternamente la ternura
que en nuestros pechos jóvenes palpita,
y recibir, si llega, la ventura,
como a hermosa que viene de visita.

Siempre escondido lo que más amamos;
¡siempre en los labios el perdón risueño;
hasta que al fin —oh, tierra— a ti vayamos
con la invencible laxitud del sueño!

Esa ha de ser la vida del que piensa
en lo fugaz de todo lo que mira,

y se detiene, sabio, ante la inmensa
extensión de tus mares, ¡oh, Mentira!

Corta las flores, mientras haya flores,
perdona las espinas a las rosas ...
¡También se van y vuelan los dolores
como turbas de negras mariposas!

Ama y perdona. Con valor resiste
lo injusto, lo villano, lo cobarde ...
¡Hermosamente pensativa y triste
está al caer la silenciosa tarde!

.....

Cuando el dolor mi espíritu sombrea,
busco en las cimas claridad y calma,
¡Y una infinita compasión albea
en las heladas cumbres de mi alma!

Para un álbum

El verso es ave: busca entumecido
follaje espeso y resplandores rojos.
¿Qué nido más caliente que tu nido?
¿Qué sol más luminoso que tus ojos?

Non omnis moriar

¡No moriré del todo, amiga mía!
De mi ondulante espíritu disperso,
algo en la urna diáfana del verso,
piadosa guardará la poesía.

¡No moriré del todo! Cuando herido
caiga a los golpes del dolor humano,
ligera tú, del campo entenebrido
levantarás al moribundo hermano.

Tal vez entonces por la boca inermes
que muda aspira la infinita calma,
oigas la voz de todo lo que duerme
¡con los ojos abiertos en mi alma!

Hondos recuerdos de fugaces días,
ternezas tristes que suspiran solas;
pálidas, enfermizas alegrías
sollozando al compás de las violas...

Todo lo que medroso oculta el hombre
se escapará, vibrante, del poeta,
en áureo ritmo de oración secreta
que invoque en cada cláusula tu nombre.

Y acaso adviertas que de modo extraño
suenan mis versos en tu oído atento,
y en el cristal, que con mi soplo empañó,
mires aparecer mi pensamiento.

Al ver entonces lo que yo soñaba,
dirás de mi errabunda poesía:
era triste, vulgar lo que cantaba...
¡mas, qué canción tan bella la que oía!

Y porque alzo en tu recuerdo notas
del coro universal, vívido y almo;
y porque brillan lágrimas ignotas
en el amargo cáliz de mi salmo.

Porque existe la Santa Poesía
y en ella irradas tú, mientras disperso
átomo de mi ser esconda el verso,
¡no moriré del todo, amiga mía!

Tristissima nox

A Manuel A. Mercado

I

¡Hora de inmensa paz! Naturaleza,
entregada en las horas de la noche
a insomnes trasgos y fantasmas fieros,
breves instantes dormitar parece
en espera del alba. Cae el viento,
con las alas inmóviles, en tierra:
duerme la encina; el lobo soñoliento
se tiende dócil y los ojos cierra.

Es el inmenso sueño, el sueño breve
que no agitan las lluvias torrenciales,
y sólo turban, en el duro invierno,
lentas lloviznas o menuda nieve.
Es el inmenso sueño: paso a paso
la pantera que ha poco devoraba
a la mísera res, busca en silencio
el hediondo cubil; ya no se oye
de la culebra rápida el silbido,
y entre grandes lumbradas, que alimentan
las rajas crepitantes de la encina,
recuéstase el viajero de los bosques
al lado de su vieja carabina.

Todo reposa: por los aires huye,
tras diabólica bruja, el ágil duende;
se aproxima la luz, el mal concluye,
suben las almas y la paz desciende.

II

La noche es formidable: hay en su seno
formas extrañas, voces misteriosas;
es la muerte aparente de los seres,
es la vida profunda de las cosas.

Dios deja errar lo malo y lo deforme
en las sombras nocturnas: de su encierro
salen brujas y fieras y malvados:
en el dormido campo ladra el perro,
maúlla el gato negro en los tejados.
Pueblan el aire gritos estridentes:
ya de infeliz mujer es el quejido,
ya el trote de caballos invisibles
o de salvaje hambriento el alarido;
plegarias, maldiciones y sollozos;
cantos de bardo; cláusulas tremendas
de indignado profeta; el grito agudo
de las aves nictálopes que pasan;
el balar de la oveja en cuya nuca
el leopardo feroz las uñas hinca;
el confuso rumor de la hojarasca

que remueve el venado cuando brinca;
choque de escobas que en el aire azotan
las malévolas brujas, y clamores
de dolientes espíritus que flotan
como cuerpos de niebla entre las flores;
todo en violento remolino sube
y al viajador errante aterroriza;
todo en el aire negro se propaga,
¡cuaja la sangre y el cabello eriza!
Bocas sin cuerpo gritan en la sombra;
cruje la puerta de reseca tabla;
los diablos llaman, el pavor nos nombra,
el monte quiere huir y el árbol habla.

III

La noche es formidable: las pupilas
que en su profunda obscuridad se abren,
aparecen sangrientas en el lobo,
de amarillo color en la lechuza.
Todas despiden luces infernales
e iluminan la marcha silenciosa
del gato montaraz y los chacales,
la astuta comadreja y la raposa.
Sólo el fósforo brilla: en esos ojos
que ardientes lucen como vivas fraguas,
en los fuegos errantes de los aires,

en las ondas plumizas de las aguas.
Cuando la luz expira, el color duerme:
lo que vive en la sombra es negro o pardo,
tiene las cerdas ásperas del oso
o las manchas oscuras del leopardo.
Las plumas de los pájaros nocturnos
con la densa tiniebla se confunden,
y cual delgadas láminas, hirsutas,
en la carne se hunden.
Cuanto en la noche tenebrosa alienta
es tardo en el andar, torpe en el vuelo:
la serpiente lucífuga se arrastra;
en el alto ciprés se para el búho;
el cuervo acecha; lo que vuela baja,
y, cautelosa, la terrible hiena
despacio marcha y vigorosa encaja
las garras inflexibles en la arena.

IV

La noche no descende de los cielos,
es marea profunda y tenebrosa
que sube de los antros: mirad cómo
aduéñase primero del abismo
y se retuerce en sus verdosas aguas.
Sube, en seguida, a los rientes valles,
y, cuando ya domina la planicie,

el sol, convulso, brilla todavía
en la torre del alto campanario,
y en la copa del cedro, en la alquería,
y en la cresta del monte solitario.

Es náufraga la luz; terrible y lenta
surge la sombra; amedrentada sube
la triste claridad a los tejados,
al árbol, a los picos elevados,
a la montaña enhiesta y a la nube,
y cuando al fin, airosa la tiniebla
la arroja de sus límites postreros,
en pedazos, la luz, el cielo puebla
de soles, de planetas y luceros.

V

Y con ellas se van la paz amiga,
la dulce confianza, el noble brío
de quien, alegre, con vigor trabaja;
y para consolarnos, mudo y frío,
con sus alas de bronce el sueño baja.

Entonces todo tímido se oculta:
en el establo, los pesados bueyes;
en el aprisco, el balador ganado;
en la cuna pequeña, la inocencia;

en su tranquilo hogar, el hombre honrado,
y el recuerdo impasible, ¡en la conciencia!

Mil temores informes y confusos
del hombre y de los brutos se apoderan;
en la orilla del nido, vigilante,
el ave guarda el sueño de su cría
y esconde la cabeza bajo el ala;
el noble perro con mirada grave
interroga la sombra y ver procura;
los caballos, piafando, se encabritan
y con pavor o sobresalto evitan
los altos montes y la selva oscura.

Si en la extensa llanada le sorprende
con su cortejo fúnebre la noche,
el potro joven a su hermano busca
y en su lomo descansa la cabeza.
Todo tiende a juntarse en esta hora,
todo en la vasta soledad se hermana,
hasta que la alegre, la triunfal diana
¡en el áureo clarín toca la aurora!

VI

También el alma se compunge, ¡oh, noche!,
en tu ébano profundo. ¡Cuántas fieras,

a tu favor alzándose, ya graznan
como torvas lechuzas; ya semejan
endriagos fabulosos; ora rugen,
ora con voz tristísima se quejan!
Son los sueños: habitan las cavernas
invisibles del aire, o bien se ocultan
dentro del propio ser; la luz evitan,
y para ser visibles y palpables
el fondo de la noche necesitan.

Se acercan: con sus garfios y tenazas
de retorcido bronce, al lecho llegan,
y a nuestra boca, trémula de espanto,
labios helados y viscosos pegan.
Éste, iracundo, con sus pies de cabra
las sábanas araña; aquél, riendo,
muestra los agudísimos colmillos;
ése, felino monstruo, nos contempla
con sus enormes ojos amarillos.

Ya el toro rebramando nos persigue
ya, vivos, en la fosa nos entierran;
ya, como el ave, rápidos hendemos
el aire tenue, cuando abrupto flanco
destroza nuestras alas y caemos
al fondo pedregoso del barranco.

Otras veces también, sombras dolientes
por soberano astrólogo evocadas,

pasan ante los ojos impacientes
las figuras amadas;
la madre que del seno de la fosa
nos llama, y acorrerla no podemos;
el padre ausente, la culpable esposa
¡que en otros brazos iracundos vemos!
y si en lienzo obscuro se perfila
la casta sombra de la amada muerta,
huye el sueño veloz de la pupila,
¡y el dolor, sollozando, se despierta!

VII

En medio de la horrible pesadilla
trazan, a veces, los traviesos duendes
grotesca historia, lances inconexos,
figuras que parecen retratadas
en espejos convexos.
Como frisos de gnomos que entrelazan
canijas piernas, en tumulto cruzan
enanos retozones que se abrazan
y en el aire sus miembros desmenuzan.
Ata nuestra garganta férreo nudo,
y entre el bullicio de la turba loca
sentimos del murciélago velludo
las repugnantes alas en la boca.

VIII

Cuando al enfermo espíritu no asaltan
pueriles y fantásticos terrores,
basta para amargar nuestra vigilia
el recuerdo tenaz de los dolores.
En tanto que la luz el cielo inunda,
dormitan en sus celdas los recuerdos;
mas, como hileras de callados monjes
que el claustro cruzan y a rezar maitines,
calada la capucha, entran al coro,
así, ceñudos, los recuerdos vienen
cuando la noche lúgubre promedia,
y torvos junto al lecho se detienen
levantando sus cantos de tragedia.

IX

¡Ah! Con cuánta ansiedad espera el alma,
como el árbol y el pájaro, la hora
que sobresaltos y temores calman,
luctuosa madre de la rubia aurora.
También la prisionera, la cautiva
del miserable cuerpo, luz desea,
como la flor que en sótanos oscuros,
buscando la enrejada claraboya,
trepa difícilmente por los muros.

Un sosiego infinito se difunde
en alcobas y campos: el enfermo
cierra, por fin, los párpados cansados;
y la esposa, que vela diligente,
ahogando los sollozos de su pecho,
deja ya de rezar, dobla la frente,
y duerme fatigada al pie del lecho.

Todo es blando rumor: en la cornisa
la golondrina matinal gorjea,
y alegre llama a la primera misa
la aguda campanita de la aldea.
Cerrado está el cancel, la iglesia oscura;
pero ya se oye en la pequeña nave
la tos cascada del anciano cura
y el rechinar de la vetusta llave.
Se aproxima la luz; el gallo canta;
pronto al primer agudo cacareo
otro en la casa próxima contesta,
y luego cien y mil: la ranchería,
las dispersas cabañas, los corrales,
elevan la sonora greguería
con que saludan el albor del día
los vigilantes gallos matinales.
A la voz de la alondra, en los encinos
los zenzontles contestan: los pinzones
con las tórtolas charlan en los pinos,
y en el fresno rebullen los gorriones.

El leñador, de cuyo fuerte cincho
el hacha cuelga, deja su cabaña;
y suena y se propaga en la montaña
de los nobles caballos el relincho.
El toro lentamente se endereza,
alza el testuz, sacude la cabeza,
y prorrumpe en mugido prolongado.
Corre el ágil lebel. Madrugadores,
se alejan los alegres cazadores
por los límites verdes del poblado.

X

¡Oh luz!, ¡oh claridad!, ¡oh sol!, ¡oh día!
¡A ti se vuelve la creación entera!
de tu mirada brota la alegría;
¡de tu beso nació la primavera!
no apareces aún y ya presiente
tu aparición la tierra jubilosa;
escucha tus pisadas en la cumbre
del nevado volcán; por cada poro
quiere absorber la matinal frescura,
y en tanto Venus sus pestañas de oro
abre curiosa en la celeste altura.

No apareces aún, y todo canta,
impaciente la vida ya despierta,

más temprano que el alba se levanta
para esperarte, ¡oh virgen!, en la puerta.
Te precede el perfume: los jilgueros
se empinan en las ramas temblorosas,
y tus heraldos, leves y ligeros,
van derramando perlas en las rosas.
En la alcoba que aún tan sólo espías,
bocas enamoradas cuchichean,
y en los encajes de la luz que envías
almas de nuevos seres aletean.
Solícitas bajando por las lomas
a la luz del lucero matutino,
corren las brisas esparciendo aromas
en la atmósfera azul de tu camino.
Y como lluvia de purpúreas flores
caída de las pálidas estrellas,
bajan los sueños lúbricos, de amores,
¡al lecho virginal de las doncellas!

XI

¡Oh luz!, ¡oh claridad!, ¡oh sol!, ¡oh día!
La tierra, como casta desposada
que espera, en el umbral de la alquería,
de blancos azahares coronada,
púdica y amorosa se estremece;
los níveos brazos en el pecho junta,

y con trémula voz, que desfallece,
por su amado a los céfiros pregunta.

¡Vas a llegar! Estremecida y muda
la novia espera en el hogar abierto;
y con voz formidable te saluda
el soberbio elefante en el desierto.
El carro solitario de la Osa
halla en el mar incógnita guarida,
y, vencedora al fin, surges radiosa.
¡Oh luz!, ¡oh claridad!, ¡oh sol!, ¡oh vida!



**Manuel
Gutiérrez
Nájera**

Poesía selecta
se terminó de editar
en marzo de 2018 en las
oficinas de la Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

Jorge Orendáin
Cuidado editorial

Paola E. Vázquez Murillo
Diseño y diagramación